

35

Luego que evacúe V. S. el despacho diario de su respectiva Sala, se apersonará hoy en mi Palacio para recibir de mi mano las instrucciones que en las presentes circunstancias he creído oportuno comunicarle para la policía y seguridad públicas de esta capital, en el Cuartel que está a sus órdenes.

Lima, 10 de Septiembre de 1818.— *Joaquín de la Pezuela.*

Es copia.— *Acebal.*

36

Cada uno de estos señores Jueces es el encargado principal, inmediato al Gobierno, para celar la ejecución de todas las provincias dirigidas a la quietud pública, defensa y seguridad de todos los vecinos de esta ciudad ilustre en sus propiedades y personas.

El bando general 31 de Enero de este año, recuerda las medidas que se promulgaron en diversos tiempos con este fin primero de todo buen gobierno. La instrucción de 85 para el establecimiento de Alcaldes de los barrios, hecha la división de los Cuarteles; el nuevo Reglamento que le fué agregado en 30 de Diciembre del siguiente; el auto general de Policía publicado el 18 de Noviembre de 1807 por el Exmo. señor Marqués de la Concordia, explicando las obligaciones de los serenos celadores; el de 3 de Noviembre de 1813 para perseguir en la ciudad los malhechores, vagos y sospechosos; y el de 30 de Julio de 1814, dirigido a la organización de rondas permanentes, enseñan el detalle de las que ahora se recomiendan más expresamente a su discreción y vigilancia.

Deberán obligar a los Alcaldes de los barrios a que les presenten en un término breve las listas o matriculas, a que son obligados por el artículo 7º de su instrucción particular y el 45 del último bando general, en que se comprendan todos los habitantes en sus demarcaciones respectivas, con la debida distinción de nacionales y extranjeros, nombres, estados, profesiones u oficios, casas en que habitaren, lugares de su procedencia y motivos de residir en esta capital si fuesen forasteros, tomando de los mayordomos de los Hospitales y Prelados de casas religiosas las comprensivas de los individuos existentes en ellas; incluyendo también los nom-

bres, edad, castas y estados de todos los sirvientes que ocupan en las mismas.

Los padres de familia, los tutores de huérfanos y los dueños de casas de posada, darán las respectivas con los nombres, edades y destinos de sus hijos, pupilos, domésticos, sirvientes e inquilinos, y los mayordomos de las casa grandes la de igual especificación en las que sirvan, para que los Alcaldes de los barrios puedan completar las generales que se expresan.

Concluídas las listas, los señores Jueces de los cuarteles dirigirán sus copias al Gobierno, agregando un Estado o Planecito que indique por columnas separadas el número de los habitantes de cada uno de los diez barrios, con distinción de sexos, edades de los varones hasta 15 años, de ésta a los 50 y de los 50 para arriba en la quinta columna, indicando en las sumas respectivas los solteros, casados y vividos con hijos o sin ellos.

Sin esperar las listas deberán comenzarse las rondas por la noche, expidiéndose por los señores Jueces de cuarteles las providencias necesarias para que sean permanentes las de todos los barrios desde las nueve hasta la aurora; encomendándolas a los Alcaldes y arreglando los turnos entre ellos y los vecinos que eligieren para que acompañados de otros, merezcan especial confianza, alternen en los cuartos en que tengan a bien subdividir las ocho horas para minorar esta fatiga.

Los Alcaldes y vecinos que fueren destinados para mandar en estas rondas, recibirán las orden y prevenciones que debiere hacerles, del señor Juez del cuartel a quien tocan, la tarde que precede a la noche en que son empleados; y en el día siguiente darán parte al mismo señor Juez de lo que haya ocurrido en el turno de su vigilancia.

A los individuos de las rondas les será permitido para su defensa, y para la ejecución de los mandatos de sus comandantes, el uso de las armas permitidas; recomendándoles los señores Jueces el fin a que terminan, que se halla explicado suficientemente en los bandos citados de 3 de Noviembre de 1813 y 30 de Julio de 1814.

Toda junta de hombres por las calles cuando pase de dos; pararse en las esquinas o puertas de las casas un tiempo reparable; el marchar a caballo en número de más de tres y en las horas citadas, exceptuando las patrullas de la guarnición; el toque de un tambor o disparar cohetes; las pedreas que forman los muchachos y adultos en los barrios bajos; y toda reunión de hombre en las plazas o calles por las noches, ha de considerarse sospechoso y per-

seguirse como tal, empleando las fuerzas de las rondas del barrio e inmediatas, mientras que, dado parte al Cuerpo de Guardia más cercano, concurra al mismo fin la militar que se halle de servicio en esta Plaza.

Los señores Jueces de los cuarteles respectivos, emplearán su celo y eficacia en instruir las rondas de su objeto y deberes, haciéndoles presente, sobre todo, que depositarios de la esperanza pública en aquellos momentos, deberán responder en individuo de cuanto perjudique al interés de todos y al común reposo.

Como pueden sobrevenir circunstancias tan imperiosas que obliguen a sacar fuera de la población la fuerza militar a excepción de la necesaria para el servicio, es uno de los objetos principales del Gobierno tratar de que quede resguardada mientras tanto la ciudad, de las turbaciones y exceso que pudieran introducir en ella los foragidos, mal intencionados y hombres sin conciencia ni sentimientos de honor, que por desgracia ni sentimientos de honor, que por desgracia puede haber entre las diversas y numerosas castas que la habitan. Al efecto, los señores Jueces del Cuartel señalarán en su respectivo distrito un lugar de reunión al que acudan en tal caso, en cualquier alboroto popular y en todo evento que comprometa el reposo y seguridad pública, los vecinos de él, principalmente los que se conocieren de más honradez, decisión y confianza, según las matrículas o listas cuyas formación se encarga; a cuyo fin expedirán inmediatamente las más enérgicas circulares a los Alcaldes de barrio, para que tomando cada uno en el que tiene a su cargo una nota de los domicilios aptos para tal objeto, que me será comunicada por el respectivo Juez del Cuartel, les instruyan con anticipación de esta Providencia y del lugar en que deben congregarse; y cuiden bajo la más estrechez responsabilidad de que a la menor señal lo verifiquen, presentándose ellos al frente de los serenos y de los vecinos que juntaren en el punto convenido, en la inteligencia de que todo individuo que faltare a esta importante obligación, atraerá sobre sí una nota poco favorable al vasallaje y obediencia debida al Soberano.

Como serviría de muy poco esta asociación sin algunas armas que la hagan respetable y más expeditas sus funciones, los concurrentes llevarán cuantas tuvieren; y para saber antes la esperanza que pueda fundarse en este recurso, los mismos Alcaldes de barrio procurarán tomar una noticia exacta o aproximada de las que hubieren en su domicilios, pasándola oportunamente al señor Juez del Cuartel, que la transmitirá para su conocimiento a este Gobierno Superior.

Esta fuerza congregada en el citado punto que se determinare, estará a las órdenes del señor Juez del Cuartel que se situará inmediatamente en él, y teniendo por objeto general auxiliar a la tropa de la guarnición para mantener la tranquilidad de esta capital, dispondrá de ella como lo exigieren las circunstancias, librando en el acto las medidas más activas y eficaces para contener cualquiera sedición en su distrito, evitar los latrocinios que a favor de semejantes situaciones suelen intentar los malvados; y en una palabra, conservar el orden, el imperio de las leyes y la sumisión debida a las autoridades. En este respecto, la primera diligencia que ocurre más esencial es que, formando antes una razón de las casas de abasto, como Panaderías, Velerías, etc., que hubiesen en los respectivos Cuarteles, envíen a todos ellas inmediatamente, destacamentos respetables de los mismos vecinos que hagan que se mantengan cerradas, y auxiliados por sus dueños prohiban la salida a todos los esclavos e individuos que trabajaren en ellas, porque siendo todos, o la mayor parte de éstos, gente de servidumbre o entregada para su corrección a las penosas labores que allí se ejecutan, el cebo de la libertad y el pillaje les haría indubitablemente quebrantar sus encierros, constituyéndose en otras tantas gavilas de sediciosos y ladrones, llegarían acaso a desquiciar los fundamentos del orden social.

Los mismos señores Jueces del Cuartel avisarán a la mayor brevedad cada uno, respectivamente, el sitio o localidad en que acordaren la mencionada reunión, informando al mismo tiempo el éxito de las anticipadas diligencias que el intento practicaren, y dando parte desde el puesto en que se colocasen cuando llegue el caso, de la gente y recursos con que cuentan, a fin de que instruído este Gobierno Superior, pueda con tales conocimientos librar las providencias oportunas y dar a aquéllos la aplicación que más conviniere.

Queda el detalle de estas instrucciones al celo, discreción y vigilancia de los citados señores Jueces de Cuartel, que con los Alcaldes de barrio son los ejes principales de su cumplimiento; el fin es que se haga uso de la más serena actividad y energía, y que los habitantes fieles de la capital del Perú, los que estén íntimamente penetrados del interés individual que deben tener en la defensa de la justa causa, y los que conozcan que a la subversión por desgracia experimentada en algunas partes de esta América, es sin duda consiguiente la ruina de todos los principios religiosos, morales y políticos, se coadunen y lleguen a formar una fuerza pública capaz de resistir los embates de la iniquidad, y que sea la salvaguardia de su existencia, haberes y propiedades.

Lima, 9 de Setiembre de 1818.— *Joaquín de la Pezuela.*